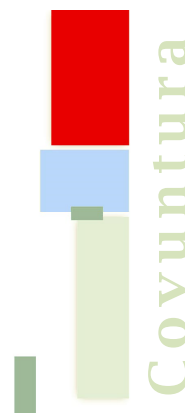


NICARAGUA Y EL SALVADOR EN EL CONTEXTO DE LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN EN AMÉRICA LATINA

*Nayar López Castellanos**¹



Fotografía: Puerto Viejo, Costa Rica. Alfredo Huerta

Resumen

Mientras se producen procesos de cambio económico, sociopolítico y cultural en la región sudamericana, en Centroamérica se desarrollan dos de los proyectos de gobierno de izquierdas de menor alcance y profundidad, pese a las guerras revolu-

cionarias de las que emergen, como son los casos de Nicaragua y El Salvador. No se han generado transformaciones en las estructuras del Estado, ni renuncia a los acuerdos de libre comercio, y no hay avances sustanciales en la disminución de la pobreza, desigualdad, migración y violencia. Contradicciones políticas en los gobiernos, abandono del paradigma socialista, particularmente en Nicaragua, contención de los movimientos sociales, continuidad de la hegemonía estadounidense y estrategias limitadas para superar la dependencia económica, distinguen a estos proyectos de las experiencias de Venezuela y Bolivia. Este trabajo busca avanzar en un estudio comparado entre estas subregiones y reflexionar sobre los procesos centroamericanos en el marco de un horizonte alternativo de futuro.

* Politólogo y latinoamericanista. Coordinador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Miembro del Padrón de Tutores del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

¹ Versión modificada del trabajo presentado en el 8º Congreso del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales en América Latina, organizado por el Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, celebrado en Salamanca del 28 de junio al 1 de julio de 2016.

Palabras clave: Nicaragua, El Salvador, Estado, procesos de transformación, izquierda.

Centroamérica frente al cambio de época

En la posguerra centroamericana, las izquierdas partidarias han atravesado por una acelerada transición, sobre todo ideológica, que las incorporó y mantiene de lleno en la dinámica tradicional de la política electoral bajo un sistema de democracia liberal, representativa y tutelada que históricamente ha prevalecido en la región, aún durante los conflictos armados y como parapeto preferido de dictadores y gobiernos represivos.

El fin del conflicto armado en la región, que dejó un saldo aproximado de medio millón de muertos, y los grandes cambios mundiales generados a partir del fin de la guerra fría, destacando la desaparición del bloque socialista y la derrota electoral del sandinismo en Nicaragua en 1990, modificaron sustancialmente los contenidos programáticos de las izquierdas centroamericanas, sobre todo en el ámbito partidario. Revolución y socialismo fueron sustituidos por democracia y justicia social.

No cabe duda que fueron transiciones complejas las que atravesó esta corriente política en la región. Para el caso de los países bajo conflicto armado directo, no sólo se trató de reinsertarse en la dinámica de la vida civil y jugar bajo las reglas establecidas por el enemigo, sino conformarse en partidos políticos y adecuarse a los parámetros ideológicos tradicionalmente aceptados por la sociedad, sin plantearse trastocar las estructuras centrales de la democracia liberal y el sistema capitalista.

En esta etapa, también las sociedades centroamericanas experimentan un giro importante en sus formas de organización, desarrollándose una amplia gama de estructuras no gu-

bernamentales y redes activistas, muchas de ellas emanadas de las propias ex guerrillas y otros sectores de la izquierda. Buena parte de ellas se conforman como resistencia a las políticas neoliberales y, en los casos de El Salvador y Nicaragua, como soporte, a veces crítico, de estos gobiernos nacionales progresistas.

Con una mayoritaria alineación económica al modelo neoliberal, y diferenciados grados de fortalecimiento de la institucionalidad y los marcos democráticos, Centroamérica atraviesa hoy por una relativa estabilidad política, resultado de la transición de la posguerra, así como de los avances de las fuerzas de izquierda en algunos países, con las consabidas *peculiaridades* del caso nicaragüense y la hegemonía de una derecha hondureña cada vez más represiva.

...Centroamérica atraviesa hoy por una relativa estabilidad política, resultado de la transición de la posguerra...

Con los resultados electorales de los últimos años, sobre todo 2013-2014, percibimos una paulatina tendencia hacia la izquierda, que refleja un cambio en las sociedades centroamericanas a partir de la crisis y el agotamiento del modelo neoliberal, y un acelerado proceso de descrédito de los partidos tradicionales de la derecha, sobre todo bajo el sello de la corrupción, como quedó demostrado con las masivas protestas que en Guatemala llevaron, en septiembre de 2015, a la renuncia y el enjuiciamiento del presidente Pérez Molina, ex general acusado de crímenes de lesa humanidad durante el conflicto armado de la década de los ochenta del siglo pasado.

Así, la democracia de posguerra es prácticamente la misma a la que combatieron las guerrillas el siglo pasado, aunque han garantizado las bases de participación política sin las atrocidades del siglo XX. Hoy la región presenta una composición pluripartidista, con una mayor presencia de medios de comunicación críticos al poder y una observación internacional que verifica el desarrollo de los procesos electorales.

Nicaragua

Después de dieciséis años de regímenes neoliberales, Nicaragua volvió a ser gobernada desde 2007 por Daniel Ortega, líder histórico del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). La reforma constitucional aprobada en enero de 2014, permite la reelección presidencial indefinida, lo que legalizó la violación a la Carta Magna con la que la Corte Suprema de Justicia permitió la candidatura de Ortega en 2011, dando paso a su tercer mandato, y el cuarto que ganó en las elecciones de noviembre de 2016 y que culminó con la toma de posesión el 10 de enero de 2017. El problema no es la reelección en sí misma, característica común en diversos países del mundo, sino que el pueblo no fue consultado de tan trascendental reforma, como sí se hizo en las refundaciones constitucionales de Venezuela, Bolivia y Ecuador, aprobadas vía referéndum.

Con el regreso al poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), comenzó en febrero de 2007 la llamada “segunda fase de la Revolución” en Nicaragua, en la que comenzó a consolidarse el nuevo sistema de “gobierno cristiano, socialista y solidario”. Esto trajo consigo diversas acciones extremadamente polémicas para un Estado de derecho, que empezaron con la manipulada decisión de la Corte Suprema de Justicia de declarar la invalidez del artículo 147 de la Constitución nicaragüense, que hasta entonces prohibía la reelección inmediata del presidente. De este modo quedó despejado el camino para la reelección de Ortega en el año 2011 con más del 60% de los votos (Koschützke y Lanz, 2014:4).

La oposición de la derecha nicaragüense se encuentra dividida y, según la coyuntura, se alía con el orteguismo, como fue el caso del pacto que sellaron Daniel Ortega y el ex presidente neo-somocista Arnoldo Alemán en 1999. Por su parte, la disidencia del FSLN, re-

presentada partidariamente por el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), no ha logrado construir una plataforma programática de izquierda que dispute la herencia política del sandinismo y, por el contrario, hoy en día se encuentra aliada a la oposición de derecha; mientras tanto, los movimientos sociales y los organismos no gubernamentales independientes, se limitan al trabajo en sus espacios sectoriales. Así, el orteguismo tiene la vía prácticamente libre de adversarios. Aunado a ello, ha logrado mantener un amplio apoyo popular gracias a diversos programas sociales financiados con la multifacética ayuda externa, y utilizando la identidad histórica del Frente Sandinista.

Cabe resaltar la postura pragmática y contradictoria de Daniel Ortega frente a los procesos de integración regional. Cuando todavía se encontraba en la oposición, la bancada del FSLN votó en una primera instancia en contra del Tratado de Libre Comercio de Centroamérica, República Dominicana y Estados Unidos (DR-CAFTA), pero semanas después, finalmente se incorporó a la negociación de las leyes específicas del tratado, aprobando todo el paquete, junto con los diputados de la derecha neoliberal. Nicaragua también está en el Proyecto Mesoamérica, antes Plan Puebla-Panamá. Por otro lado, pertenece a la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP). Desde antes de asumir su segundo mandato en 2007, Ortega tenía acuerdos comerciales con Venezuela a través de los municipios gobernados por el FSLN.

Así, por un lado se reivindica la solidaridad, la integración para el desarrollo social y el antiimperialismo, a través del ALBA-TCP y, por otro, se compromete la soberanía nacional acatando las reglas de libre comercio impuestas por Estados Unidos, dejando indefinido el modelo de desarrollo nicaragüense, aunque es significativo que la clase empresarial se encuentra muy satisfecha, pues un sector importante de sus miembros forma parte de una de las corrientes predominantes dentro del FSLN,

el Bloque de Empresarios Sandinistas, surgidos de la tristemente célebre *piñata sandinista*.

Por último, resulta fundamental comentar sobre el principal proyecto del gobierno *danielista*: la construcción de un canal interoceánico. Históricamente, Nicaragua ha sido un país codiciado por intereses de gobiernos y empresas extranjeras para construir un canal interoceánico. En 2013, la Asamblea Nacional aprobó una ley que permite su construcción, legitimando los acuerdos establecidos por el gobierno con un empresario chino. El proyecto suscita tres grandes líneas de análisis: las implicaciones geopolíticas que afectan la hegemonía estadounidense ante la presencia de China en la región; la continuidad de la dependencia nicaragüense; y las problemáticas ambientales generadas por el impacto de esta obra, y 10 sub-proyectos, que partiría el país por la mitad destruyendo montañas y ecosistemas como el Lago de Nicaragua. Es un hecho que el canal no resuelve los problemas del desarrollo nacional, implica un desastre ambiental y condena a Nicaragua como una pieza más dentro del tablero geopolítico mundial manejado desde los capitales y las grandes potencias.

El Salvador

La mayor ascendencia de la izquierda en la región centroamericana se encuentra en el caso de El Salvador, al generarse un segundo período presidencial tras el triunfo del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en las elecciones de 2014, abanderando al último de los comandantes guerrilleros, Salvador Sánchez Cerén. Con el antecedente del gobierno del periodista de tendencia socialdemócrata Mauricio Funes, el FMLN gana sin alianzas importantes fuera de su órbita partidaria y con la fórmula completa de origen insurgente, tanto la presidencia como la vicepresidencia.

Las coordenadas del rumbo político del gobierno de Sánchez Cerén se establecieron previamente a su asunción, el primero de junio de 2014, sobre todo por la conformación de su gabinete, integrado mayoritariamente por cuadros políticos del FMLN, y sus primeras giras al exterior, entre las que destacaron las visitas realizadas a Cuba y Venezuela.

Con todo y la cercanía con las dinámicas del sur, el presidente salvadoreño también ha tenido encuentros con Estados Unidos que moderan su inserción en la dinámica de integración latinoamericana, como sucedió en marzo de 2015 al participar en una reunión entre los mandatarios del llamado Triángulo del Norte (Guatemala, El Salvador y Honduras) y el vicepresidente de Estados Unidos, Joe Biden, en la cual éste ofreció ayuda económica por un monto de 750 millones de dólares para desarrollar políticas públicas que puedan frenar la migración hacia el norte a partir del llamado Plan de la Alianza para la Prosperidad del Triángulo del Norte (APTN).

Esta es una tendencia parecida a la de Nicaragua, pero sobre todo refleja la compleja realidad a la que se enfrentan los proyectos que se plantean en campaña un conjunto de transformaciones políticas, económicas y sociales pero que, ya estando en el gobierno, chocan con un conjunto de obstáculos y desafíos heredados de las administraciones de la derecha, para el caso salvadoreño la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), sobre todo relacionados a la pertenencia a tratados de libre comercio como el DR-CAFTA, la dolarización de la economía y las políticas propias del modelo neoliberal. Pero también se encuentran las limitantes con respecto a profundizar el poder popular no sólo a través de la participación política formal sino del involucramiento de la sociedad en las principales decisiones nacionales.

El primer año de gobierno popular del presidente Sánchez exhibe ante los ojos del mundo el conflicto abierto entre las intenciones ideológicas y las realidades políticas, entre

los límites impuestos por las estructuras históricas de dominación y el empuje de las fuerzas sociales y sus ansias transformadoras; la lucha no resuelta aún entre dos proyectos de sociedad que se encuentran en transición y en pugna, y más en pugna que en transición... En términos generales, cómo trascender la lógica del modelo neoliberal es el dilema inmediato a resolver por este gobierno. No del capitalismo, sino del modelo neoliberal del capitalismo actual. En este camino lo ideal sería avanzar tanto en la emancipación social (cambios estructurales), en la emancipación nacional (soberanía) y en la emancipación cultural (identidad descolonial), aunque los ritmos y hasta los sujetos son diferentes (Pineda, 2015a).

Se han desarrollado políticas públicas importantes durante el tiempo transcurrido, orientadas básicamente al ámbito social con la construcción de hospitales, centros educativos, becas a diferentes sectores y apoyos al campo. Sin embargo, la crisis económica no ha permitido una disminución tangible de la violencia y la inseguridad, que siguen situando por ejemplo a la capital, San Salvador, como una de las más violentas del mundo. Las oleadas migratorias de esta nación, junto a Honduras y Guatemala, arrojan a miles a la terrible aventura de tratar de llegar a Estados Unidos cruzando el infierno de las rutas mexicanas, al acecho de las mafias del narcotráfico.

Así, el gobierno de Sánchez Cerén y el FMLN tienen frente a sí desafíos importantes en la búsqueda de un cambio más profundo en la realidad salvadoreña y en la solución de las múltiples problemáticas sociales, como la pobreza y la migración, así como lograr un crecimiento político de tal magnitud que le permita alcanzar la mayoría necesaria en la Asamblea Nacional para realizar cambios constitucionales que permitan una transformación de fondo.

Las experiencias de Nicaragua y El Salvador frente al escenario regional

La transición de las izquierdas centroamericanas en la posguerra se caracterizó por su incorporación plena en la dinámica partidaria-electoral y en las luchas sociales bajo diversas plataformas y redes activistas. Hubo también una redefinición ideológica profunda en la que se abandonaron los postulados socialistas y se adoptó la lucha por la democracia y la justicia social, dentro del marco capitalista, como horizonte político. Sobre estos cambios, Salvador Martí i Puig señala:

La mutación experimentada por la izquierda centroamericana se ha llevado a cabo en un entorno que, a la vez, también se ha transformado de forma tan profunda como rápida. Posiblemente la mayor de las mutaciones ha sido la imposibilidad de construir una agenda alternativa y transformadora sólo desde lo “nacional”. Hoy, los “proyectos de nación” que se presentaron durante las décadas del sesenta, setenta y ochenta, tienen muy poca utilidad, fruto de la globalización económica, comercial y de los intensos flujos migratorios experimentados. Además, el mismo concepto de desarrollo y de los actores que lo deben impulsar se ha puesto en cuestión. Hoy es más difícil poner de acuerdo a la izquierda sobre qué rol debe desarrollar el Estado y el mercado. Tampoco hay acuerdo sobre los beneficios que aportan las inversiones internacionales, cada vez más interesadas en actividades extractivas –vinculadas a la minería, al gas, al agua o la biodiversidad– y en los megaproyectos. Pero no sólo no hay acuerdo entre la izquierda social y la partidaria, sino que la última suele cambiar de criterios en función de si ocupa, o no, funciones de gobierno (Martí i Puig, 2013:155-156).

Frente a la complejidad de las democracias incipientes de posguerra y de algunas de carácter esencialmente tutelado, resulta importante valorar el carácter multifacético de las izquierdas partidarias en la región. Aunque, como ya vimos, cada caso nacional tiene sus particularidades, lo que sí resulta un elemento compartido es la falta de una alternativa sistémica que pueda vislumbrar un futuro digno para los pueblos de esta parte del continente.

Gobernar con las estructuras a las que se combatía con las armas en la mano hace 20 años, no conlleva la posibilidad de cambios estructurales. Se requieren mayores cirugías y capacidades organizativas para alcanzar un cambio en la balanza. Aunque se refiere en particular al caso de El Salvador, la reflexión de Roberto Pineda encaja también en la dinámica nicaragüense, centroamericana y latinoamericana.

Durante estos seis años de gobierno de la izquierda no se han creado las condiciones para el desarrollo del poder popular. Y este es un problema ideológico y de conducción política. Existe el temor que la organización social por su amplitud rebase al partido político. Y esto conduce a gobernar bajo el estilo programado desde el sistema, en el cual se privilegia el compromiso por encima de la lucha. Y se privilegia la relación con el imperio por encima de la relación con los países del sur... Y la estabilidad política se transforma en un fin que bloquea el desarrollo de la lucha. Y como resultado de esto el poder popular se debilita. Y está debilitado. La gente vota por la izquierda y espera que el gobierno le resuelva sus problemas. Y de esta forma se promueve una actitud conformista y clientelar, diferente y

opuesta a la construcción de poder popular (Pineda, 2015b).

Resulta necesario fortalecer la relación de los partidos políticos de izquierda con las luchas populares y sus variadas demandas, sobre todo en el caso de El Salvador y Nicaragua. Por eso es importante recordar que “hoy, la izquierda de cada país no está sólo en una única formación partidaria, sino que se manifiesta en redes de la sociedad civil, movimientos sociales, plataformas transnacionales, sindicatos autónomos y partidos que expresan nuevas identidades y demandas colectivas”(Martí i Puig, 2013:155).

Los procesos de transformación en marcha en la región latinoamericana, atraviesan una situación particularmente compleja y adversa, expresada en la derrota en las elecciones presidenciales en el 2015 del kirchnerismo en Argentina, la pérdida chavista de la mayoría en la Asamblea Nacional en Venezuela en ese mismo año, la derrota del referéndum para establecer la reelección indefinida en Bolivia en 2016 y el golpe de Estado que separó de la presidencia a Dilma Rousseff en Brasil en agosto de 2016.

Lo cierto es que esta etapa exige un análisis cada vez más riguroso de los procesos de cambio sociopolítico y económico y de la recomposición de las fuerzas conservadoras, su poder mediático y sus campañas de desprestigio, así como la dimensión de la crisis del capitalismo que ha impactado directamente en las economías de la región en la medida en que no han logrado contener de forma suficiente los niveles de pobreza y desprenderse del subdesarrollo, disminuir el nivel de la dependencia económica y revertir la función exportadora de materias primas de sus economías, según plantean sus programas de gobierno.

...Sánchez Cerén
y el FMLN tienen
frente a sí
desafíos
importantes en la
búsqueda de un
cambio más
profundo en la
realidad
salvadoreña...

Tal y como lo hacía el presidente Hugo Chávez en Venezuela cada vez que superaba una ofensiva de la oposición, se tendrá que aplicar en la región un *golpe de timón* que valore la importancia de la conciencia política dentro de las fuerzas que forman parte del bloque que busca alternativas al capitalismo, relacionadas o no a los planteamientos socialistas, su firmeza en las convicciones éticas, su grado de compromiso con los cambios estructurales en la sociedad, y en la defensa de los principios que guían la construcción de una sociedad con justicia, paz y dignidad. Todo ello, sin duda, está atravesado por la ampliación de la democracia y el fortalecimiento del poder popular. Al respecto, Isabel Rauber plantea lo siguiente:

La profundización de la democracia en este nuevo tiempo reclama asumir el decisivo imperativo político del protagonismo del pueblo para profundizar las transformaciones, entendiendo que ellas anudan, simultáneamente, los derroteros políticos de los gobiernos populares con los diversos procesos de *construcción y afianzamiento de poder popular desde abajo* que los pueblos desarrollan en cada país. En esto radica, centralmente, la profundización de los procesos sociotransformadores iniciados. Pensarla como un simple *aggiornamento* de la agenda pública deja a los gobiernos populares a merced de la voracidad política de los opositores (Rauber, 2015:20).

También resulta necesario proceder a una exhaustiva revisión de los parámetros morales y éticos de los actores involucrados en gobiernos, partidos y movimientos, combatir de lleno la corrupción, establecer reglas claras de pertenencia a partir de principios éticos y compromiso con los pueblos y explicar a las sociedades la verdadera naturaleza de los valo-

res del capitalismo neoliberal: el individualismo y el consumismo, *el tener y no el ser*, una ciudadanía de mercado, esto es, mercancías con valor de cambio y no seres humanos con derechos.

Son muchos los retos a vencer, pero ese *golpe de timón* tendrá que profundizar la ofensiva política en la región, dejar claro a las oligarquías y a Estados Unidos que los pueblos de la Patria Grande no quieren ceder en su lucha emancipatoria, que seguirán dando la batalla por defender las soberanías nacionales y la construcción de alternativas anti-sistémicas. Quienes se plantean

alcanzar una verdadera transformación en Nicaragua y El Salvador deberían tener muy presente estos elementos.

...Gobernar con las estructuras a las que se combatía con las armas en la mano hace 20 años, no conlleva la posibilidad de cambios estructurales...

Bibliografía

KOSCHÜTZKE, Albrecht, y Hajo LANZ (2014), *Tres tenues luces de esperanza. Las fuerzas de izquierda cobran impulso en tres países centroamericanos*, Fundación Friedrich Ebert Stiftung. Dirección URL: <<http://www.albedrio.org/htm/otrosdocs/comunicados/koschutzke-tenues.pdf>>.

LÓPEZ CASTELLANOS, Nayar (2013), *Nicaragua, avatares de una democracia pactada*, Nicaragua, UCA Publicaciones.

LÓPEZ CASTELLANOS, Nayar (2015), *Centroamérica: Política, Gobierno y Sociedad*, México, UNAM/La Biblioteca.

MARTÍ I PUIG, Salvador (2013), “La izquierda centroamericana en ‘tiempos de paz’: Mutaciones orgánicas e itinerarios dispersos”, en *Osal*, Buenos Aires, CLACSO, núm. 34.

PINEDA, Roberto (2015a), “El primer año del gobierno Sánchez: intensiones ideológicas y realidades políticas”, en *ALAI Revista América Latina en Movimiento*, 27 de mayo. Dirección URL: <<http://www.alainet.org/es/articulo/169932>>.

PINEDA, Roberto (2015b), “Poder popular y elecciones salvadoreñas 2015”, en *ALAI Revista América Latina en Movimiento*, 2 de marzo. Dirección URL: <<http://www.alainet.org/es/active/81237>>.

RAUBER, Isabel (2015), “La clave del protagonismo popular. Gobiernos populares de América Latina, ¿fin de ciclo o nuevo tiempo político?”, en *ALAI Revista América Latina en Movimiento*, núm. 510, diciembre, año 39, 2ª época. Dirección URL: <<http://www.alainet.org/es/articulo/174409>>